



LA GLOCALIZACIÓN COMO NUEVA FUERZA
DESCENTRALIZADORA:
INICIO DE NUESTRA POSTCOLONIALIDAD



GABRIEL MATTHEY CORREA

Compositor e Ingeniero Civil, Magíster
en Gestión Cultural, profesor de la
Universidad de Chile

Dinámica política del siglo XXI, a modo de introducción

A partir de la caída del muro de Berlín y de la revolución de los medios de comunicación y transporte, internet incluido, el mundo empezó a reordenarse como parte de un proceso irreversible, que define la dinámica del siglo XXI. La antigua forma de hacer política –polarizada en blanco y negro, regida por el verticalismo y control cupular del poder–, ha ido derivando en una redistribución del poder, horizontalizando el conocimiento, los debates, los discursos y la toma de decisiones. Esta revolución está ayudando a superar las diferentes alternativas de autoritarismo, hoy anacrónicas, aunque todavía existan dictaduras en el mundo.

Dicho lo anterior, los centralismos son formas de autoritarismo y concentración de poder –dictaduras geopolíticas–, que invalidan cualquier proyecto democrático. Son prácticas de la vieja política –neocolonialistas–, que generan un profundo rechazo de las personas. Hoy más importa la participación, la inclusión social y la libertad de expresión –el respeto y valoración del otro–, dentro de un mundo y un Chile cada vez más diversificados e interculturales. Actualmente se necesita autenticidad y rigor político: coherencia y consecuencia entre el pensar, el decir y el hacer –desde y para cada lugar–, sin un centro único, sino con múltiples centros, como polos de desarrollo humano (no solo económico y/o tecnológico). Cada persona, cada comunidad y cada lugar están invitados a potenciarse e interactuar participativa y sistémicamente con los demás, dentro de dinámicas horizontales, de diálogos, reciprocidades y respetos mutuos, incluido el medio ambiente.

No obstante, la participación colectiva se basa, ante todo, en el lenguaje y la comunicación. Y si el lenguaje crea realidades, la realidad también crea lenguajes y, por lo tanto, políticas. Asimismo, la comunicación crea cohesión social, imprescindible para legitimar la participación territorial, urbana y rural. De esta manera, dentro de la antigua lógica vertical del poder, la vieja política creó y/o impuso sistemas a la medida –modelos, economías, mentalidades y sometimientos–. Sin embargo, en el siglo XXI esa dinámica se está revirtiendo, toda vez que son el peso de la realidad y de los medios de comunicación los que están reordenando el mundo, influyendo y empezando a construir las nuevas políticas, democráticamente, desde las bases sociales. Son las voces de las personas articuladas en colectivos y/o comunidades las que están asumiendo la arquitectura de su destino, en busca de una vida más justa y

equilibrada, enriquecida por la diversidad. Consecuentemente, son las culturas locales las que, desde sus propias coordenadas geohumanas, están trabajando por la democratización territorial.

La descentralización desde Santiago: un proyecto anacrónico

La descentralización es una antigua necesidad de Chile –estructural–, producto del excesivo poder que históricamente ha ejercido Santiago sobre “el resto del país”, cuyos primeros resabios datan de la Colonia: “desde el período de la dominación española se ha asentado una fuerte y eficaz concentración del poder en la metrópoli” (p. 135)¹. No obstante, la preocupación real solo surgió después de la Independencia, cuando Juan Egaña, como parte del primer proyecto de Constitución en 1811, propuso dividir el país en 3 departamentos: Coquimbo, Santiago y Concepción. Desde entonces se han intentado diversos proyectos descentralizadores, pero ninguno ha dado buenos resultados.

Proyectos más proyectos menos, actualmente Chile sigue siendo un país centralizado, lo cual conlleva un sistema autoritario –una “dictadura territorial”, geopolítica, solapada– que niega toda posibilidad de democracia real. Mientras esto no cambie, hablar de democracia chilena seguirá siendo un eufemismo: un simple ejercicio retórico-demagógico, pues más allá de las fronteras capitalinas, los pueblos y ciudades “de la periferia” se siguen ninguneando e invisibilizando. Esto es una prolongación de la cultura colonial todavía vigente que, a pesar de una aparente modernidad, permite que Santiago continúe operando como una sucursal de los poderes fácticos del hemisferio norte², como “una mera estación de transferencia de materias primas” (Matthey, 2015, p. 18).

Por lo mismo, hoy resulta ingenuo y anacrónico continuar esperando que Santiago –la causa del problema– sea quien entregue la solución. Un proceso de descentralización realizado desde el centro es, por decir lo menos, una trampa: una contradicción vital, un dirigismo controlado por los propios interesados. De hecho, durante el siglo XX Santiago solo consiguió postergar y/o evitar los cambios requeridos, reivindicando el pensamiento colonial a través de una economía y política centralizadoras, neocolonizantes³. Así entonces, en pleno siglo XXI, es hora de cambiar el rumbo, repensando y modificando las estrategias. En efecto, una descentralización genuina solo puede surgir desde las

mismas regiones, provincias y comunas, en forma proactiva, organizada y sistémica; es decir, el proceso –físico y mental– debe ser descentralizado y articulado por los propios afectados e interesados. Esto por simple coherencia, consistencia y realismo: se trata de una tarea urgente e imposter-gable, pues “Chile no es viable en el siglo XXI si no pasa por una efectiva descentra-lización” (Ibíd, p. 134).

La solución se puede comprender mejor a partir de la desterritorialización (De-leuze y Guattari, 1997), entendida aquí como el retiro del sistema centralista existente, lo cual conlleva la superación de los dirigismos, controles y estereo-tipos impuestos desde Santiago. Por cierto que ello también incluye el retiro de las “identidades locales” diseñadas e impuestas desde el mismo Santiago. En el fondo se trata de una suerte de des-colonización que reivindique a cada ter-ritorio según su propia historia y gente. Se trata de asumir nuestro mestizaje, poderosa síntesis desde la cual se puede construir una genuina reterritorializa-ción, aquella que permita a cada lugar reencontrarse consigo mismo, con lo más propio y auténtico de su ser –desde su origen–, accediendo a su originalidad y trayectoria de vida, acorde a su *ethos* particular.

Talca, París y Londres

La excesiva e injusta concentración de poder en Santiago ha causado enormes da-ños al país, tanto desde el punto de vista cultural, como social, económico, político y estratégico. El viejo dicho “no hay que poner todos los huevos en la misma canasta” es suficientemente claro para comprender el problema. Y la solución no es fácil. Pro-bablemente hayan sido los propios pode-res fácticos los que se han encargado de impedirla. Pero ¿por qué Santiago nunca pudo ceder poder y distribuirlo mejor en el país? Una respuesta posible es que la capital desde un comienzo se acostumbró a nutrir de la riqueza y trabajo de las provin-cias –“la periferia”–, siguiendo el modelo colonial al servicio del hemisferio norte, basado en la extracción y exportación de materias primas, dentro de una lógica de autoritarismo y esclavitud. Incluso hoy el modelo no ha cambiado mucho, pues –aunque camufladamente– mantiene es-tructuras y correlaciones de poder muy similares. Siendo así, existe un problema endémico, de mentalidad, causa funda-mental de nuestro subdesarrollo. Con ello se niega y reprime la libertad del “poder ser” de cada lugar y, por lo tanto, su capa-

cidad creadora y potenciales de desarrollo.

Hurgando en nuestra psicología, si se trata de mentalidad, el problema es profundo. En efecto, si se asume el mal que por siglos ha sufrido el país en relación a Santiago, tam-bién hay que asumir que el propio Santiago lo ha sufrido respecto a los principales paí-ses del hemisferio norte. Se trata de una ca-dena de dependencias, donde finalmente el control del poder viene desde afuera⁴.

En este sentido, es interesante recordar a Daniel Barros Grez, dramaturgo chileno del siglo XIX, quien en 1875 publicó *Como en Santiago*, comedia costumbrista que ironiza acerca de la enorme influencia que ejercía la capital sobre el país. En su relato cuen-ta que, indistintamente de donde se vivía, todo se hacía “como en Santiago”: se pen-saba “como en Santiago”, se sentía, habla-ba y procedía “como en Santiago”, actitud que, en muchos casos, se mantiene hasta hoy día. No obstante, en el fondo se daba cuenta de la causa primera del problema: nuestra histórica dependencia de los países del hemisferio norte. De hecho, el poder de Santiago era y es relativo, toda vez que –en gran medida– nuestra capital en su momen-to operó “como en París” y luego “como en Londres”, o “como en Nueva York o Tokio”, aunque ahora Beijing y Shanghái empiecen a tomar el relevo. De esta manera, la depen-dencia que afecta a las regiones en relación a la capital, es una réplica de la antigua de-pendencia colonial que afecta a Santiago en relación al hemisferio norte.

Pero en pleno siglo XXI esta realidad re-sulta inexcusable, más propia de un país adolescente. Conlleva una actitud de clara inseguridad y falta de confianza en sí mis-mo, complejo de inferioridad –o de supe-rioridad– que se manifiesta de diferentes formas en Santiago y, de rebote, en regio-nes. En el fondo, se trata de una sobreesti-mación de los países líderes del hemisferio norte y de una subestimación del hemis-ferio sur, “como en la Colonia”. Acaso nos hemos acostumbrado a vivir en base a una “(in)feliz copia de otros edenés”, descono-ciando todas las riquezas que tenemos.

Psicológicamente, desconfiar de sí mismo y vivir en función de otros referentes re-cuerda la edad adolescente y, en tal sentido, metafóricamente hablando, Chile todavía es un “país adolescente”⁵. Y esta condición se puede sintetizar en un “complejo de ca-rencia”, tal cual lo expresó Carlos Dittborn cuando gestionó la sede del mundial de fútbol de 1962 y dijo: “porque nada tene-mos, lo haremos todo”⁶. Claro, con ello se

4

Ver “Teoría de la dependencia”, citada anteriormente.

5

No por casualidad la revista *Qué Pasa*, a propósito del cambio de siglo, en diciembre de 1999 publicó un número especial titulado “Chile Siglo XX: historias y personajes de un país adolescente”.

6

“Chile Siglo XX: historias y personajes de un país adolescente”. (1999). *Qué Pasa, Edición especial*, pp. 170-171.

“la democratización territorial de nuestro país ya no sólo tiene que ver con el clásico concepto de descentralización, sino con la desterritorialización/reterritorialización que conlleva el fenómeno de la interculturalidad interna/externa, cada una con sus propias posibilidades, oportunidades, derechos y deberes”.

7

Originario de Japón, pero difundido por el sociólogo Roland Robertson.

desconoce todo lo que tenemos y/o potencialmente podemos llegar a ser como país. Continuar (sobre)viviendo en base a la lógica de “copiar y pegar” nos impedirá superar nuestras carencias; nos impedirá ser un país creativo y desarrollado, capaz de construir nuestras propias culturas, tanto para nuestras regiones, provincias y comunas, como para Santiago.

La glocalización como camino de solución

El mundo globalizado es una realidad propia del siglo XXI, que marca la dinámica interna de cada país, a través de una incesante dialéctica entre lo local y lo global. Se trata de tensiones y síntesis – complejidades – que cada territorio debe saber resolver cotidianamente, lo cual define y actualiza sus culturas internas. En respuesta a ello, en la década de los 80 surgió el concepto de “glocalización”⁷, neologismo que da cuenta de esta dinámica bidimensional local-global.

Así las cosas, si bien en un principio se pensó que el fenómeno de la globalización arrasaría con las culturas locales, a cambio surgió una reacción en cadena que permitió fortalecerlas, llegando a la síntesis “glocal”. Entonces nuestro proceso de descentralización cambió de giro, toda vez que hoy se está nutriendo de las fuerzas e identidades propias de cada lugar, sobrepasando los proyectos descentralizadores tradicionales. Una vez más, la realidad se está anticipando a la política. Es el fenómeno de la globalización el que está desterritorializando al Chile pretérito y lo está reterritorializando acorde a las nuevas dinámicas del siglo XXI. Las redes sociales y medios de comunicación han ido horizontalizando las correlaciones de poder, dejando fuera las dinámicas verticales y estructuras piramidales. Gracias a ello, hoy cada lugar puede comunicarse directamente con el mundo, sin tener que recurrir a la capital como intermediaria. Tan solo esta nueva dinámica tiene el suficiente ímpetu para generar el proceso de desterritorialización/reterritorialización antes referido. Son las nuevas prácticas comunicacionales las que están horizontalizando y descentralizando al planeta completo. Y ya no se trata de una tendencia puramente chilena, sino mundial, irreversible, propia del siglo XXI: la “glocalización”.

El “nuevo Chile”: un país glocalizado, inclusivo e intercultural

Recientemente se ha empezado a hablar de un “nuevo Chile”, a propósito de las fuertes migraciones que el país ha experimentado en las últimas décadas. Esto está cambiando completamente nuestra realidad sociocultural y contexto relacional, tanto a nivel nacional como internacional. Las nuevas demandas son tan altas, que la cuestión se ha tornado urgente, reclamando una nueva matriz política, legal y económica, además de energética y productiva.

Lo anterior, sin embargo, no solo obedece a demandas internas, sino simultáneamente a presiones externas – políticas y económicas –, que paradójicamente están dejando en un segundo plano el tema de la descentralización. Por de pronto, el fenómeno migratorio ha generado reacciones políticas mucho más visibles, aceleradas y apremiantes. Pero frente a ello no hay que dejarse engañar, pues la interculturalidad no solo implica a las migraciones externas, sino que, ante todo, a las diferentes culturas que coexisten al interior de nuestro país. De hecho, vergonzosamente, nuestra diversidad cultural interna da cuenta de una suerte de interculturalidad ninguneada y postergada durante siglos – aquella del Chile profundo –, la cual no puede seguir invisibilizándose producto de la ahora interculturalidad visible, aquella que deviene desde afuera y que internacionalmente presiona por ser atendida. La preocupación vale, pues el oportunismo político bien podría priorizar a la interculturalidad externa y continuar olvidando a la interculturalidad interna.

Si cada lugar tiene su propia cultura, la interculturalidad es intrínseca a cada país. Por ello hoy los países se configuran como sistemas de polos geohumanos que conviven dentro de una misma jurisdicción, sin ser Chile una excepción. Por esta razón, la democratización territorial de nuestro país ya no sólo tiene que ver con el clásico concepto de descentralización, sino con la desterritorialización/reterritorialización que conlleva el fenómeno de la interculturalidad interna/externa, cada una con sus propias posibilidades, oportunidades, derechos y deberes”.



deberes. Sería una gran contradicción adelantar soluciones y atenciones especiales para las culturas migratorias externas, si no se hace lo propio con nuestras culturas internas, incluidos los pueblos originarios.

Hoy vivimos en la era de las interdependencias, en un contexto relacional horizontal, de suyo complejo. El mapa de Chile y del mundo cambiaron para siempre; nuestro mapa mental también. La ecuación local-global es la que diariamente tenemos que saber resolver, en base a la construcción de culturas e identidades glocales, donde lo “propio-local” se tensiona y/o converge con lo “propio-global”, dentro de una constante dialéctica de desterritorialización y reterritorialización. Actualmente no es fácil diferenciar a las culturas que son de adentro con las que son de afuera, pues los límites ya no son físicos, sino mentales, emocionales y simbólicos. Se trata de “fronteras móviles” que se redefinen cada día. Es la dinámica de la interculturalidad interna-externa el verdadero desafío del siglo XXI. Se trata de un nuevo proceso que supera al tradicional concepto de descentralización, toda vez que la glocalización tiene fuerza propia. Gracias a ello, nuestra descolonización está en pleno de desarrollo y, consecuentemente, nuestra postcolonialidad. ■

Bibliografía

Deleuze, G. y Guattari, F. (1997). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

Dos Santos, T. (2002). *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*. México: Plaza & Janes.

Matthey, G. (2015). *¿Cuál es tu Sur? Valdivia/ Santiago de Chile*: Serifa Editores SpA.

Reyes, M. (2011). *La desterritorialización como forma de abordar el concepto de frontera y la identidad en la migración*. Costa Rica: Revista Geográfica de América Central, Número Especial EGAL, II Semestre 2011, pp. 1-13.